

Germano por orígenes, paraguayo por nacimiento, argentino por opción; doctorado en Teología en ISEDET (del que también fue rector y es profesor permanente) y por la Universidad Libre de Ámsterdam. Libros editados en alemán y español y en abundancia. Luterano por decisión, ecuménico por naturaleza, políglota por don y, felizmente, progresista, en un área donde, que haya progresistas, se agradece.

1 Por qué leer este libro y ¿quizás? esta reseña. Hablar de teología o de estudios teológicos retrotrae, a quienes no pertenecen al breve cenáculo de “iniciados”, a cierto olor a naftalina, a materia en desuso. Por cierto, existen motivos para la desconfianza, y aún para la repulsa. Aducirse puede que muchos de los males de la historia del mundo, históricamente hunden sus raíces en el autoritarismo religioso y en el quehacer teológico, que tantas veces lo impulsó, lo justificó, lo exacerbó. Grandes sufrimientos de los hombres hubieran podido evitarse si esta disciplina no se hubiera convertido en el otro vaivén semántico de disciplina, el foucaultiano, el de vigilancia y castigo. Puesta al servicio de hierocracias, de imperios, de ideologías retrógradas, supo construir una innecesaria urdimbre de desazones. La misoginia, la esclavitud, la homofobia, el antisemitismo, la justificación de absolutismos y totalitarismos, se cuentan entre sus herencias nefastas.

Pero reducir su rol a estos aspectos y olvidar otros, supone una simplificación. La teología ha estado atada, quierase o no, a algunas de las más benéficas y contundentes revoluciones. La Reforma en su momento, las teologías de la liberación y post-coloniales más tarde, dan prueba de ello. Una encíclica como *Pacem in Terris*, redactada por un agonizante y olvidada pronto por una Iglesia agónica, sigue siendo, inopinadamente, uno de los textos más subversivos de todo el siglo XX.

El presente libro trata sobre otro libro. Las relecturas suelen ser fascinantes. Las actualizaciones de los viejos textos a veces ocurren con una inmediatez sorprendente. ¿Quién no siente en carne propia el gravitar doloroso de la injusticia ante el *Prometeo encadenado* de Esquilo, quién no descubre sugerentes metáforas del destino humano en los periplos de Ulises, quién no se avergüenza de la condición humana ante un texto seminal como la *Apología de Sócrates*?

Lo mismo puede suceder con el “redescubrimiento” de los libros bíblicos. Enmohecidos a veces por moralizaciones banales, por liturgias esclerosantes, por articulaciones con el dominio y la voluntad del poder, son susceptibles, sin embargo, de un *aggiornamento* que, lejos de ser un intento de anacronizar, nos devuelven todo aquello que de revolucionario tuvieron y pueden seguir teniendo.

Este libro es de ese tipo, y más allá de ser originalmente una tesis doctoral con sus a veces engorrosos condicionantes previos, sus desanimadoras y abrumadoras notas al pie, y su encauzamiento hacia un público creyente, puede, sin embargo, formar tranquilamente parte de la biblioteca de un laico y hasta de un agnóstico; puede ser leído con placer; puede ser aprovechado por todo aquel que, más allá de su credo o de su in-credo, porte en sí mismo el necesario anhelo de justicia, la necesaria sensibilidad para no adormilarse ante un mundo cruel dispuesto a hacernos crueles a nosotros mismos.

2 La hermanita pobre de las Escrituras. La *Epístola de Santiago* (Santiago es una aberración castellana, nacida de perpetuar la expresión medieval Sant Yaco, San Jacobo), posiblemente uno de los textos más antiguos del Nuevo Testamento, ha sufrido más ataques y postergaciones dentro del propio cristianismo que cualquier otro. Las razones aducidas fueron varias, como el autor de este comentario enumera. Como si el cristianismo fuera una cuestión de gris estadística, el que solo mencionara a Cristo dos veces es una de ellas; una bizarra teoría hasta adujo que se trata de un escrito judío, un “Testamento” (género muy popular en su momento”) de otro Jacobo, el Jacob del Génesis, que un inescrupuloso disfrazó de escrito cristiano.

Fue uno de los libros más discutidos a la hora de ingresar en el canon; de hecho, el consenso, y sólo hasta cierto punto, se realizó en el siglo IV, cuando la mayoría ya había pasado la prueba de fuego mucho antes. Algunas comunidades lo aceptaban, otras lo rechazaban, la mayoría dudaba. Cuando veamos algo de su contenido, quizás nos entre la sospecha de por qué tantos remilgos. Pero ya ingresado, devino uno de los libros menos citados por la patrística y la escolástica, menos utilizados en la liturgia católica y ortodoxa. Cuando se produjo la Reforma Luterana, las cosas no mejoraron, o aún empeoraron. Lutero, obnubilado por la doctrina de la gracia y de la justificación por fe y no por obras de la Ley (mosaica) descubierta en su lectura de Pablo, en especial Gálatas y Romanos, vio en Santiago una suerte de retroceso judaizante, una peligrosa herramienta para la justificación por obras que parecía avalar al catolicismo como herramienta de manipulación de sus rebaños.

Con todo, aunque ganas no le faltaron, no quitó el libro de su propia traducción de la Biblia; fue fiel, en ese sentido, a su propio axioma de que cada creyente tomara la decisión última.

Pero la sombra de Lutero siguió proyectándose sobre siglos de exégesis, y no solo en las iglesias reformadas. El mundo académico, protestante y católico, llenó estanterías para demostrar el supuesto divorcio entre el pensamiento paulino y el de esta epístola, o para intentar conciliarlos. Hacer esto último, en definitiva, no fue demasiado difícil. Ambos escritores hablaban de asuntos distintos: Pablo de la inutilidad de los ritos (obras) de la ley judía en comparación con la fe, y Santiago de la necesidad de una fe que no fuera meramente intelectual, sino palpable en obras de esa fe, que nada tienen que ver con los ritos. Resultó, a la postre, que en esencia estaban más de acuerdo que lo sospechado, aunque la bibliografía siguió creciendo.

Con todo, como Krüger demuestra, ese fue el interés de académicos europeos confortablemente apoltronados en sus sillones, rodeados de incitadoras bibliotecas. En el ámbito latinoamericano, como veremos, la fe vs. obras pasó a un segundo plano; el tema de la pobreza y de la explotación de los ricos saltó así a un lugar relevante, como era de esperar en un Tercer Mundo pauperizado, ultrajado, explotado.

Otra discusión giró en torno al género. El libro se presenta como una carta, y se la llama “católica” (= universal) por cuanto no está dirigida a una comunidad particular sino a todos los creyentes. ¿Pero es realmente una carta? Muchos dijeron que el libro era un despelote, carente de hilos conductores, una suerte de vertedero de ideas sueltas, sin estructura alguna. Algo hacía sospechar que la tal podía ser descubierta: el griego y el estilo del libro se cuentan entre los mejores y más exquisitos de todo el Nuevo Testamento. ¿Podía un estilista construir un texto caótico?

La cuestión del género también hizo gastar tintas y neuronas; que epistolar, que sapiencial, que parenético, que apocalíptico, que profético. Que nacido del ebionitismo o judeo-cristianismo; que cuasi herético, que cuasi intrascendente...

3 Resolviendo géneros, hallando la estructura. El tema (resuelto) de la estructura, es uno de los aportes más interesantes de este libro. La retórica antigua jugaba según sus propios modelos, y los modelos eran varios. Santiago elige uno que tardó en ser percibido, pero que una vez develado, se observa perfectamente nítido. Al comienzo de la carta, Santiago lanza una serie de aforismos más o menos breves, sin aparente conexión interna. Después, comienzan las unidades de sentido más desarrolladas. Ahora bien, esas unidades son una ampliación de aquellos aforismos, que así resultan en una *preparatio* para lo que vendrá. Y lo hace en orden inverso. Supongamos tres aforismos, A, B, C; el desarrollo en unidades mayores se dará de modo especular, C', B', A', con un núcleo intermedio independiente (X) donde yace el mensaje más importante y nodular, el *quid* de la cuestión.

Y una vez más, magistralmente, en cada una de las unidades, aún en las breves, el esquema se repite internamente, con excepciones a veces: no especular, sino en paralelos, más acorde con la mentalidad semítica que con la griega: A, B, C, X, A', B', C'.

Al fin y al cabo, del cuento contemporáneo, ¿no se dice que apretada aunque subliminalmente, todos sus elementos deben estar encerrados en la introducción?

Solucionada la cuestión de estructura, queda la de género. Lo que el autor demuestra, es la inutilidad de encapsular al texto en uno solo. De nuevo remitimos a lo contemporáneo; muchas obras maestras de la literatura se resisten a una clasificación única. Nuestro *Facundo*, ¿qué es? ¿Novela, biografía, apología, diatriba política, ensayo sociológico, miscelánea? Posiblemente todo ello y mucho más, lo cual no obsta a que sea una *chef d'oeuvre*. Santiago, demuestra el autor, es una carta en su intencionalidad primera, tal cual la presenta su encabezado. Es parénesis, es decir, exhortación, enseñanza, *didajé*, elementos para un cristianismo práctico. Entronca con la literatura sapiencial del Antiguo Testamento y con toda aquella que quedó fuera del canon; malabarea con los Proverbios, con los Salmos, con la Sophia Salomonis, con el Sirácides, pero siempre actualizándolos. Y subvierte algunos viejos postulados. Por ejemplo, para gran parte de la teología veterotestamentaria, la doctrina de la retribución daba por sentado que al justo le iría bien, y eso implicaba prosperidad económica, longevidad, fecundidad. Vemos a los patriarcas que mueren viejísimos y con muchos hijos y con varias esposas y miles de camellos y burros y vaquitas. La reflexión posterior a partir de la empiria demostró que había justos que morían en situaciones crueles, jóvenes, torturados o misérrimos. Se dio una vuelta de tuerca y ya en el pensamiento judío comenzó a sospecharse que Dios optaba por los desposeídos, que los pobres eran sus favoritos. Continuidad tuvo esto en la línea ebionita del cristianismo, y Santiago la radicaliza.

Pero, lo más importante, Santiago también es profecía, con elementos de apocalíptica.

Cotidianamente, tendemos a pensar en un profeta como un adivino que anuncia grandes catástrofes de una manera algo críptica, al modo de un Nostradamus. Desde una perspectiva bíblica, eso sería la antítesis de un profeta: un pseudo-profeta. El profeta clásico cumple una función de denuncia feroz ante sus propios contemporáneos, comenzando con producir comezón en las clases dirigentes (reyes, sacerdotes, terratenientes, otros profetas mercenarios del poder) y luego al pueblo que no reacciona. Por supuesto, también introduce el elemento escatológico, pero su anuncio es restauracionista e histórico; habrá un regresar a la pureza originaria. Fallado este esquema por insuficiente cuando los grandes imperios arrasaron sin compasión, la apocalíptica desplazó al profetismo, amontonando símbolos sugerentes que aparentaban anunciar futuros, pero hablando en realidad del presente o del pasado, y planteando una solución que ahora sí quedaba más allá de la historia.

En Santiago hay ambas cosas; apocalíptica es su referencia a la parusía, sólo que esa parusía parece a veces más presente que futura; y en cuanto a profetismo, retoma la vieja línea de los clásicos de Israel, y apunta su denuncia ardiente, de un modo originalísimo.

4 Aúllen... sus riquezas se han podrido... el salario retenido grita... El libro de Krüger, como el título mismo lo anuncia, *no es* un típico comentario a toda la carta; el autor aísla cinco unidades y la mitad de otra, centrándose en el tema de los pobres, y la denuncia a la explotación inhumana de los ricos. La elección no es caprichosa; mientras que, como queda dicho, los estudios académicos europeos se concentraron en la dicotomía fe-obras siguiendo las huellas de Lutero, se descuidó el mensaje profético y denunciador que atraviesa toda la carta, como una isotopía o *leit motiv* retomado vez tras vez; mensaje que fue recuperado por los estudios latinoamericanos, ámbito donde las imputaciones de Santiago adquieren una actualidad alarmante. Así, se demuestra que lejos de ser una mera refutación a la teología paulina o a la mal interpretación de sus seguidores, Santiago está cercanísimo a los dichos del propio Jesús (tradicionalmente, su hermano), como puede corroborarse enfrentando varias secciones de la carta con fragmentos de los evangelios, incluido el Sermón del Monte / Llano (Mateo / Lucas).

Estas unidades, y volvemos al principio, pudieron ser uno de los obstáculos a la tardía admisión de la carta en el canon, dentro de una iglesia que cada vez iba realizando más pactos con el status quo del Imperio Romano, hasta identificarse plenamente con éste tras el Edicto de Milán primero y la transformación en religión oficial con Constantino. Dentro de la misma Reforma, debe recordarse cuántas expectativas despertó esta entre los pobres, en especial los campesinos, y que cuando Lutero se aseguró la protección de varios príncipes germanos, no tuvo reparos en apoyarlos contra las rebeliones de las masas rurales. Santiago era un escollo molesto. Y siguió siéndolo para muchos comentaristas, más proclives a suavizar la exégesis para “salvar” a los ricos que a enfrentarse con el mensaje simple y llano y no claudicante de la carta.

Desconcertantes por su crudeza, los teólogos se desvelaron con otra pregunta: los ricos mencionados por Santiago, ¿perteneían a la comunidad cristiana o al “exterior” pagano? Como Krüger demuestra, la pregunta es capciosa, e irrelevante desde la perspectiva del propio Santiago y su carta. Los ricos denunciados, no importa hayan pasado o no por el bautismo, *no son* cristianos aunque nominalmente algunos así se autoconsiderasen. Y ontológicamente, no son, no existen, nunca son llamados “hermanos”, no llegan siquiera a la categoría de lo humano; no se plantea siquiera la chance de su arrepentimiento. A Santiago no le interesa; sólo le importa denunciarlos, y denunciar y prevenir a los que se dejan llevar por el favoritismo, y la falacia de congraciarse con ellos, y de descuidar su propia herencia sagrada como pobres. Para los ricos sólo queda la gehena, es decir, el juicio definitivo.

Cuando releemos las unidades en cuestión, el panorama nos muestra por qué tal rigorismo no es exagerado. Krüger lo hace desde un prolegómeno de crítica textual, una búsqueda de las peculiaridades semánticas, para pasar al análisis más contundente por último. Desde el vamos, Santiago muestra la inversión radical de los status: el pobre exaltado, el rico humillado y preparado para su marchitamiento, como la hojarasca. La esencia de la verdadera religión sigue siendo, como en la tradición veterotestamentaria, cuidar de los huérfanos y las viudas, dáda que puede enmarcar a todos los pobres, pero que en su contexto histórico eran, literalmente, los pobres entre los pobres.

Pero la siguiente denuncia se da a los miembros de la misma comunidad cristiana por su práctica del clientelismo. Este fenómeno típico de la sociedad romana, aseguraba cierta medida de protección, que en la Edad Media se exacerbaría con el feudalismo. Pero implicaba una discriminación; si un rico entraba en una reunión cristiana, se le daban los primeros asientos y a los pobres se los tiraba al suelo; con la paradoja de que esos ricos eran los explotadores, los que mediante prácticas leguleyas podían esclavizar y expropiar. ¡Y ahora eran ellos los favorecidos, quizás con la esperanza de sufrir menos en una etapa en que el cristianismo era

objeto de persecución! Así, la ideología de las elites entraba a una comunidad maltratada por las elites. Se fotocopiaban sus consignas. La iglesia se hacía un calco del imperio.

El colmo de la blasfemia llegaba cuando, en vez de sostener a esos pobres, se los despedía en ayunas con un “Vayan en paz, caliéntense y sáciense”; arréglenselas como puedan, en fin.

El clímax de la denuncia llega al tratar de dos sub-classes dentro de los ricos: de los que pretendían serlo, desde las prácticas comerciales a largo plazo, y megalomaniacamente se jactaban sin tener en cuenta en lo absoluto no solo las necesidades de los otros sino lo efímero de la vida, descuidando el trato con lo Trascendente; y más fuerte aún, de los latifundistas que especulaban con el alimento hasta que este aumentara sus precios, al mismo tiempo que retenían los salarios de los jornaleros, que se daba de forma diaria. No pagarlo era condenarlos al hambre y al de sus familias, y finalmente, a la inanición y la muerte. Pero, Santiago agrega, sólo están engordándose para el día de la matanza.

Este es el punto álgido de la denuncia profética. Que los ricos queden excluidos de la salvación no cierra la cuestión; como el autor expresa en la sección final, la lucha contra el clientelismo, la denuncia del neoliberalismo como una oportunidad que la posmodernidad ha abierto a un mundo de excluidos, sólo puede intentar solucionarse –desde una perspectiva cristiana – con la creación de comunidades solidarias, inclusivistas, no dispuestas a cejar de denunciar lo que, siglos atrás, Santiago denunciara, urbi et orbi, para las propias iglesias y para el entero mundo de los hombres.

5 Y una adenda personal Si extrapolamos el contenido de Santiago y de este libro del plano puramente teológico - ¿y por qué no hacerlo?- puede resultar más que significativo ver, no sólo el miserable papel que algunas iglesias han tenido en su manejo de la cuestión de la explotación, más allá de cierta verborragia; también capta poderosamente la atención cuánto de lo que esta breve pero poderosa epístola tiene para decir a la humanidad en general, fuere cual fuere su credo y nivel socioecoómico.

En el curso de un siglo se vieron actitudes polarizadas en torno a las diferencias sociales, que desde la Revolución Industrial y el consecuente colonialismo no han hecho más que acuciarse. Desde el darwinismo social, que echó el fardo de la culpa sobre los mismos pobres como si su desgracia fuera una cuestión paradójicamente mixta, entre una herencia biológica y una “decisión de ser pobres”, hasta las teorías del Imperialismo Cultural, que pasó toda la culpa al Imperio, en especial la USA, mostrando a los países pobres como inocentes víctimas de una invasión ineludible.

Los estudios culturales y comunicacionales, como la teoría de la sincronización, del holandés Cees Hamelink, demostraron que, muchas veces, son las elites de los países pobres las que convocan en su “auxilio” al Imperio en un deseo de ponerse al día con prácticas y tecnologías; a la postre, no solo la cultura de ese pueblo sufre una suerte de eliminación, sino que la distancia entre ricos y pobres tiende a acrecentarse. Eric Hobsbawm no se cansa de repetir como latiguillo la manía de las clases sociales inferiores por imitar los hábitos y costumbres de las superiores, o de buscar sus modelos en ellas. Consciente o inconscientemente, esto engendra una falta de solidaridad y, *contrario sensu* a la conciencia de clase que predicaba Marx, engendra una lucha por escalar escaños no importa a costillas de qué o quiénes.

No es trivial el rol que los mass-media cumplen en estos procesos; ellos son industrias, culturales, pero industrias al fin, usadas muchas veces para encauzar rebaños. Infunden la confusión en lugar de la información; comparten los intereses de los pauperizados sólo cuando coinciden con los de las clases medias; cuando estos se divorcian, ya sabemos por quienes optan. Son capaces de hacer creer a toda una sociedad que los grandes latifundistas, llámense hoy dueños de ingenios sojeros o como fuere, representan los intereses genéricos de un “campo” en el que sin duda los campesinos, pequeños productores, pueblos originarios, etc., ya nada tienen que perder, porque todo lo han perdido.

Como en las comunidades a las que llama Santiago, el clientelismo, con máscaras nuevas, con disfraces camaleónicos novedosos, sigue existiendo. Los cómplices son en apariencia diferentes, la estirpe es vieja. Muchos que no son ricos siguen apostando a los ricos y no a sus hermanos pobres, en una inútil ambición de ascenso. Territorios soberanos enteros siguen dando a los plutócratas del mundo los asientos delanteros, mientras sus pobres yacen, y cada vez más literalmente, en el piso. Los salarios auténticos son reemplazados por los del hambre y los del miedo. La muerte sigue estando en las manos de unos pocos para infundirla a unos cuantos, en una ecuación directamente proporcional al número de sus riquezas.

Crear que el juicio de Santiago es sólo una expresión frustrada de deseo, es simplificar el contenido de esa vieja misiva. Nuestro papel de denunciantes y aún más, de no ser cómplices *desde abajo* de tales injusticias, continúa siendo necesario, urgente.